

LA ESTACION DEL ENHEBRO (FRAGMENTOS)

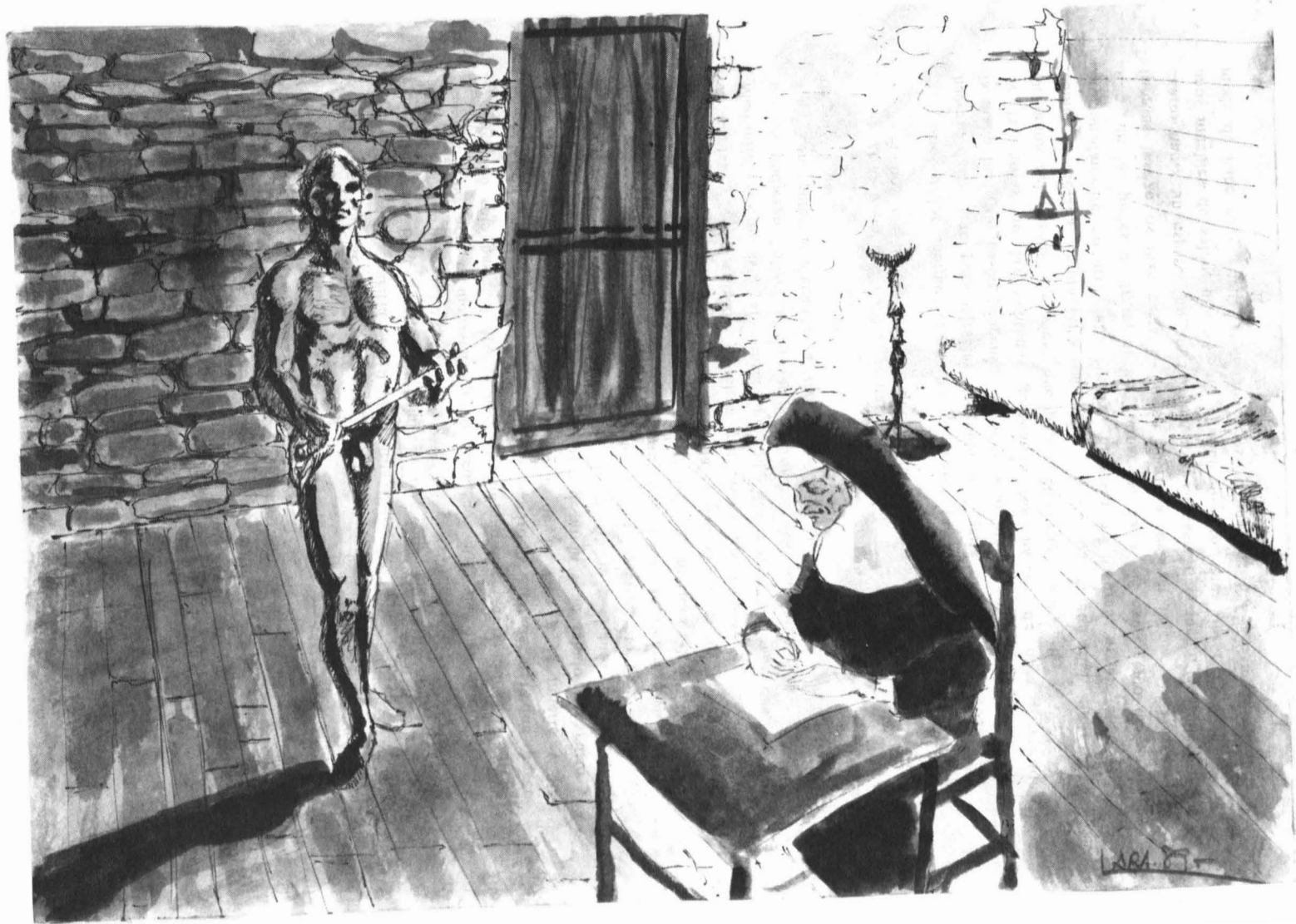
Eva Valverde Serrano
(Universidad de Alcalá)

PRIMER FRAGMENTO

Bosco hubiese querido envenenar a Colás con una puñalada en el espacio entre la tercera y cuarta costilla izquierda, pero se limitó a escapar. Aunque ¿quién cómo Bosco puede apreciar la tremenda bajeza, degradación casi animal, que avoca la huida? Nadie. Por eso prefirió que fuera Colás el que huyera, e incendió el monasterio y no quedó con él ni un alma ni una vida, y permaneció solo hasta el día en que decidió marcharse a la ciudad. Ahora a su perfecto pero extraño diseño facial añadió la mirada del que posee informaciones amplias acerca del misterio de la vida y la muerte y un ademán austero al engullir saliva y un paso decidido y un saludo a disgusto y ciertamente Boscoapestaba estos días a cínico tribuno y el más leve dolor o, mejor dicho, el mal augurio más oculto, era un divertimento para la lengua que había tenido la fortuna de camuflarse entre blasfemias y secretos equivalentes. Y su lascivia era insensible a matices de tacto o de temperatura, de modo que al entrar en la ciudad vió el plante de una mujer en carnes y años entrada y salida por todos los viejitos del arrabal del Mediodía, se molestó al pensar que aquellas renegridas monedas de sus pechos pudieran haber sido rosados pezoncitos de una muchacha virgen, y atacó con violentas alabanzas al culo y a lo otro y a la madre que un día se decidió a parir.

- ¿Has visto qué poco necesitas para seducir a una hembra?
- Y hoy me ha costado más que habitualmente.

Unos dedos enormes chascaron en el aire. Le pellizó los muslos, no para hacerle daño, sino para dárselas de prepotente, para dominarla. Y fueron de la mano hasta un casón propenso al viento y al olor a rata muerta y al ruido de las hojas de las ventanas golpeando los marcos de pura ineptitud. Decorado del mismo raso viejo que presumiblemente llevaban las Meninas, la cama se dejaba conducir a empujones hasta un rincón del cuarto, y afortunadamente no arrastraba consigo el resto de basuras, ni los condones rotos, ni las pieles de fruta, ni los platos manchados de excremento de zorro (porque los zorros iban hasta la misma puerta a revolver la noche). Tras ese cuarto había un espacio no amplio, tampoco demasiado pequeño, concedido a unos muebles de salón, una tele sin opinión ni voto, unos libros de moda -la moda de hace ya cuarenta y tantos años- y una capillita a San Antón que



olvidó devolver a la tía Lucía cuando murió la abuela, que era la única que hubiera aprobado la presencia de un santo en esa casa. Ya demasiados meses que Bosco no hacía sus necesidades sobre una mujer, sufrió unos diez minutos para no someterse inmediatamente, pero le habrían sobrado siete u ocho, de eso estaba segura la sesentona. Habíase quitado los calzoncillos una vez que hubo perdido el rubor inicial y desahogado el cuerpo. Y ahora sólo el alma, los cojones anchísimos donde muerde la vida cuando se ve acosada, necesitaba abrirse: realmente fue un instante conmovedor, una muestra de amor y reconocimiento. Se inclinó levemente sobre los labios, sucios y quebradizos, de la mujer, besó como se besa a una madre que acaba de morir, y alzó la mano llena de machete de campo; lo hizo por tres veces, una para la boca, una para el estómago, una para el pulmón. Y salió sometido a esa somnolencia apacible del poscoito. No hubo remordimientos. Los remordimientos no surgen del espíritu, sólo son fruto del corazón, y nunca los sofismas de la cabeza podrán extinguir los movimientos del alma. Y Bosco siempre actuó de alma, nunca de corazón, ha sido un mal romántico desde que descubrió que la muerte no duele, que la muerte se limita al compañero.

SEGUNDO FRAGMENTO

Al dar el portazo Bosco se levantó y fue en su busca. La cogió en brazos. La hermana Marce, la sesentona, se creyó en aquel momento desprovista de kilos y de años, y no abrió la boca sino para hacer una mueca de semirreprobación. A Bosco se le nieblan los ojos, se le oscurece la voz, se le acelera el pulso. Iban a hoyar en la légamo blanda de lo imposible, donde sus cuerpos flotaban. Marcela estuvo a punto de desautorizar a la bofia espiritual en aquel momento y arrojarse sobre los labios de Bosco, pero esperó. Sor Marcela, ya en la celda, se había alongado unos metros del catre, mirando al suelo, y al suelo tiró un libro que consigo llevaba: *La imitación de Cristo de Tomás Kempis*.

- ¿Es posible el trance, la unión con el cordero, por la mortificación?
- Todo es posible por la mortificación. Tienes el ejemplo en el barón Steinfeld. ¿Conoces a Leopold Von Sacher-Masoch?
- No. -Aquel nombre le sonó a sor Marcela deliciosamente diabólico, maravillosamente lleno de Dios.
- Pero la mortificación; además de no proporcionarme señal alguna de nuestro señor, acaba por gustar. Hay un placer en el suplicio que...
- Eso es precisamente lo que decía Masoch. No lo leas, pues. Pero puedo garantizarte que la mortificación, bien ejecutada, te sume en la unión más perfecta con Dios.

Bosco empezó a sentirse nuevamente profesor del "El Supositorio", sobre todo en la rama desvirtuada por Colás que acabó en la aniquilación y desintegración de la doctrina. No le gustó, pero continuó.

- La mortificación no es sólo una flagelación del cuerpo, sino del alma. ¿Qué es lo que más dolor le causaría en este mundo hermana Marcela?

- El incumplimiento de los votos.
- Desobedece, pues, blasfema, fornicación...
- ¡Dios mío!
- Te lo he garantizado.

Bosco se desabrochó el pantalón y dejó caer el colgajo, hermosísimo, y blasfemó hasta que las lágrimas cuajaron en los ojos de sor Marcela. Con el sobresalto ésta quedó sin fuerza y el manoseo era inminente; con todo, jamás nadie ha visto llorar a nadie como cuando el discurso se consumó en dos desnudos, uno joven y otro degradado por el tiempo y anquilosado por la oscuridad de los hábitos. Mal nos será contado, pero yo, mejor o peor, sólo cuento la verdad que sé, y es que cada latigazo era un descendimiento de Cristo, y un grito, y fueron nublándose sus ojos, entre el horror y la presencia cada vez más cercana de su Señor. Sor Marcela entró en éxtasis inefable, breve pero hermosísimo, en que el Señor se acercó con una forma indeterminada, no obstante su tangibilidad, y gritaba "mortifícame, mortifícame". Y dió gracias a Bosco por el suplicio y por fin había captado el sentido de los pasos iluministas, y fuera de su Dios en nada pensaba sino en el martirio.

Estando en lo que cuento, sor Marcela pensó en las hermanas, sólo en las jóvenes, pues ella y otras dos monjas holgadas comentaban esta mutilación de su matrimonio con Cristo muy frecuentemente.

- Mortifícame.

Bosco se dió aquella noche buena maña en las ejecuciones, pero ya no sangraba, porque las llagas de la primera vez habían cicatrizado.

- Mortifícame, mátame.

Y Bosco obedeció, aunque no hubiese necesitado la orden de la sesentona. Antes de nada, sor Marcela quiso escribir una última página en su diario.

- ¿Y qué escribo, Dios mío?

- Supón, imagina, supón. A Bosco se le encendió el rostro porque aquella palabra le hacía revivir los tiempos de "El Supositorio". La página quedó así:

"Si no fuera religiosa amaría a mi verdugo y juro por mi esposo que le haría tan feliz como desdichada me hace sentir la imposibilidad de intentarlo. Es bello, una belleza rancia, unos ojos verdes sin olas, un acento seco, unas manos hechas para la caricia y sólo para la caricia. Bosco. Todo lo demás es mundano, detestable. Pero el amor no, el amor es divino, ha sido creado para tocar a Dios, para besarle, para masturbarle lentamente bajo las sábanas, con la suavidad de un arroyo. Maldito sea su nombre".

Era lo último que la sesentona iba a pensar por esta vez. La extiende sobre la catastra, aplicándole los cordeles comienza a tirar de los pies y de las manos, jugando el artificio de aquella improvisada máquina con tanta

violencia que luego se percibió de la dislocación de todos sus miembros de suerte que apenas se mantenían unidos al cuerpo sino por medio de nervios. Le corta las orejas, las narices, los párpados, las cejas, el labio inferior, y le arranca los dientes de la encía superior. Le saca los intestinos y los enrolla a una rueda que hace girar. Vestida en la blanca estola de su pureza recién manchada la lavó en su propia sangre. Lloró, le arranca la carne con los cabellos. Introduce hiel en su boca y en sus llagas. Le saca algunos nervios y los ata unos con otros. Teje una corona con rama de olivo bendita. La besa y la decapita para que vaya a buscarla. Y se caga en Dios.

(De la novela *La estación del enebro*)



